

UNA SIRENA PLÁSTICA

Paseaba un pirata moderno con su acorazado de metal por uno de los mares de Gaia. Las olas mecían el barco como una madre hace con su pequeño recién nacido, aunque de esta brisa cálida y protectora la tripulación no pareció enterarse. Dicho acorazado empezó su tan vaticinada huida del mundo enfermo dos días atrás en el tiempo y, tal vez por eso, Gaia no se haya aún reñido con él; aunque motivos podría tener si los buscase. Uno de entre tantos, recae en las raíces de la huida de tierra firme hacia aguas continentales de sus mezquinos tripulantes, pues resulta que una serie de piratas informáticos habían sido acusados y condenados por desvelar los secretos más sombríos de la historia. Entre ellos, podríamos citar la sospechosa muerte del Papa Pedro I ya denunciada en “La Náusea”, la localización del río de los inmortales, los libros del hombre invisible que Kemp continúa buscando, o el porqué racional tan sutil de la muerte de Roccamadur.

De esta manera, y en una sociedad que no está preparada para saber tan fundamentales y ocultas verdades, el tribunal universal de *desrechos* humanos condenó a cadena perpetua a los tripulantes de este pequeño pero valiente barco que argumentaron a su favor que la malicia de sus actos recaía en el conocimiento, y no en la inocencia como es comúnmente creído. De nada les sirvió a los diez ojos errantes que deseaban con toda su voluntad el fallo del juez en su contra. Así, y solo así, la repercusión mediática de sus verdades de poca monta se vería aumentada considerablemente.

Pero el pasado en los libros está. En este momento, a esta hora del día, empieza el sol a caldear con fuerza la cubierta de madera, despertando con sus rayos dorados a los tripulantes de más inquieto sueño, que empezarán una apacible lectura hasta ponerse en marcha la minuciosa maquinaria humana, necesaria para seguir publicando en las entrañas de la deep web esas verdades antes anunciadas, y que tal vez no lo sean tanto, pero que la gente sigue creyendo y leyendo. Sobre todo creyendo. Un par de horas después de la primera ducha solar, se despierta Serendipio, el capitán del navío. Al grito de la alarma del teléfono, empieza la primera sesión de trabajo, que tan solo durará una hora, para preservar en secreto su ubicación y poder así echar anclas de vez en cuando y conseguir suministros de contrabando: comida, agua, libros, algunas piezas de una complicada electrónica que a veces

se estropea y un poco de contacto humano de simpatizantes, que a pesar de no querer embarcar en tan fantástica aventura ayudaban a los locos por todo el mundo perseguidos.

Durante esta hora, se encenderán los teléfonos móviles para crear una señal wifi estable. Se pondrán a trabajar los tres piratas informáticos en el descifrado de contraseñas, con un nuevo algoritmo y acceso remoto al ordenador cuántico de IBM. Se pondrá en otra sala pero siempre con comunicación verbal a través de unas pequeñas ventanas, agujereadas manual y desastrosamente en una pared de contrachapado, Hetera a contabilizar, medir y organizar los diferentes pagos de esa pequeña empresa móvil, que sobrevive gracias a un famosísimo Patreon. Serendipio, en cambio leerá las historias más magníficas e inexplicables, para luego junto con la ayuda de Hetera y uno de los piratas, escribir un ensayo de alta calidad literaria, el cual vendrá respaldado por la información oscura y será publicado en las revistas de más alto prestigio.

Cuando terminan de trabajar, empieza el tiempo libre: que viene a ser bastante. Se trabaja en intervalos de una hora, con tres de descanso durante las cuales los cinco tripulantes, sin poder usar los dispositivos electrónicos juegan a las cartas, charlan, debaten, comen y duermen.

Era una rutina bastante amena al principio. Ahora ya llevan tres meses divagando por los océanos que tantas historias han inspirado, y la monotonía y los roces entre compañeros, como era de esperar, empiezan a florecer. Bienvenida primavera. La gente empieza a perder la atención en los ensayos que cada semana publican, los medios de comunicación que empezaron haciendo una cobertura 24/7 del caso Literato, ahora ya apenas mencionan si hay alguna novedad en cuanto a su paradero. Los cinco se reúnen en la sala del capitán, que como siempre, vive en otro mundo y tan solo se acerca a visitar el barco por una obligación moral e irracional con sus compañeros. Son cuatro las personas que discuten si ya, pasado tanto tiempo, podrán volver a tierra sin correr ningún peligro. Serendipio lee la Odisea. Los otros son jóvenes e imprudentes, estaba claro. No cualquiera se embarca en tal expedición viviendo en un mundo tan actual, tan plástico.

La escena se desarrolla de una manera extremadamente cómica. Cinco seres peludos pero bien alimentados, que no se preocuparon nunca de pedir harapos nuevos en los suministros para así tener al menos más de una muda, hablan para no usar su otro sentido, el

olfato. A pesar de tratarse de impares individuos, entre ellos la mediocridad, pobreza, lujos y buena vida se mezclaban a partes iguales. La conversación fluye de la siguiente manera, como una partida de ajedrez:

-Empieza la reunión semanal. -Dijo Serendipio con tono irónico, aunque tal vez solo él era consciente que, dada la situación, toda conversación pudiera tratarse como una reunión semanal. - Esta vez en medio del cubo de basura en el que vivimos, me gustaría sacar unas cuantas palabras para después de ordenarlas vislumbrar alguna idea certera acerca de nuestro futuro. ¿Volvemos a tierra firme, para siempre?

Mientras Serendipio pronunciaba esas últimas palabras, pudo ver en el rostro de su tripulación una cara de sorpresa. Serendipio se sorprendió también, pensaba que en ese barco, a pesar de no hablarse del tema se sabía que en algún momento les tocaría poner fin. Los ojos como platos, las bocas entreabiertas y las cejas arqueadas estallaron en la mente del capitán. No, las cosas no eran como él se creía, aunque consciente de sus vivencias en un mundo que no era el que percibía, tampoco se sorprendió.

En el acorazado moderno, pero, se eligió capitán como representante hacia el abismo exterior. De una manera casi innata, habían aceptado la democracia como manera de decidir, para lo bueno y para lo malo.

-¡La gente nos ama! - Saltó Hetera de su silla.- No podría soportar volver a mi hogar, ¡pues ya estoy en él! ¡Cuando volvamos nos matarán! ¡Quién quiera que nos fusilen, que vote a favor!

Se hizo un incómodo silencio. Los preciosos ojos castaños con nubes grises dejando llover sus finas gotas de agua sobre el centro de la tierra se clavaron en la existencia de Serendipio. Consciente otra vez, que como venía sucediendo con anterioridad, lo que antes parecía un debate abierto se había metamorfoseado a un combate entre dos monopolos opuestos, Serendipio levantó la mano. Acto seguido pronunció:

- Un voto a favor, cuatro en contra. Condono así a este barco a una vida salada en estas aguas podridas, tan llenas de vitalidad. ¿Conscientes sois que una vez ganada esta batalla, vuestro orgullo no os permitirá cambiar de parecer?

Caía una lágrima por la mejilla sonrosada de Serendipio. Sabía ya con anterioridad que la pregunta carecía de sentido, pero quiso mantener ese aire formal que daba a esta reunión y no las otras el estatus oficial de reunión de la semana.

¿Cuándo consideras tú que has conocido a una persona? Nuestros cinco tripulantes, los dos monopolos y los tres imanes llevan ya siete años a bordo, y juntos han visto y recorrido el mundo decenas de veces. Vieron el gran arrecife de coral en Australia, pasaron a por provisiones a Hawaii, divisaron a lo lejos la frondosa selva amazónica, y vieron el gran incendio humeante que son las grandes capitales costeras. Vivían como en un mundo distinto, ellos solos, aburridos, que trabajaban para sentir que al menos tenía su vida sentido. Trabajaban y escribían por el mismo motivo que Robinson Crusoe. Ahora ya nadie los leía, a nadie le importaba pues que sus artículos y noticias, como consecuencia de una loca soledad, hubiesen aumentado en calidad literaria, pero perdido en veracidad. Y aun así, y después de compartir penas y goces, lujos y pobreza juntos, se notaban extraños, como si un halo de misterio hubiese allí entre todos, como si después de siete años, se conociesen tan bien que notasen como un secreto les ha estado guardado y no conociesen el secreto. Naturalmente, después de siete años ya nadie guardaba nada. Hetera no pensaba igual.

- ¿Qué secreto se nos ha estado escondido?

-Una sirena en la sala del motor. -Profetizó Serendipio dejando caer una gran ancla que recogió una medianoche de hace bastante tiempo.

Naturalmente, cuando fueron todos a revisar los engranajes y el combustible, no encontraron nada. No había tal sirena moribunda en esa caldera. Pero en la pregunta de Hetera, Serendipio advirtió un aire incierto que no tardaría mucho en cumplirse. Unas semanas más tarde, se encontraría la tripulación embelesada escuchando un canto melodioso y sin sentido.

Advirtieron pues, después de unos días de búsqueda, la dichosa sirena profetizada por Serendipio que a posteriori escondieron en la sala del motor, *ahogándose* en las profundidades del océano. Sus cabellos ondulantes y rizados se ordenaban sutilmente entre anillas de latas perdidas. Cuando el inocente buzo, creyendo lo que en los testamentos

Homero escribió, se acerca para rescatar a la siempre dulce sirena Disney, se encuentra un cuerpo escamoso cubierto con bolsas de plástico a modo de falda. Una sonrisa sarcásticamente monstruosa le recibe, mientras unos ojos llameantes condenan cada acción que le sea ejecutada. Labios pintados, pestañas enormes y mejillas sonrosadas completan un rostro atroz. El buzo bombero advierte entonces, y evitando el contacto visual con la sirena, que esta yace casi inconsciente, atrapada sin poder menear la cola. Hay una mano aterradora de como cristal que no la deja ser libre, impidiéndole cualquier movimiento. La mano, pero, no está en contacto con el monstruoso cuerpo paralizado, sino que es su propia aura cristalina, fantasmagórica la que cumple a través de las vidriosas aguas de verano en un océano profundo su función paralítica. Así que, ante la cobardía de la sirena, ¡el buzo inocente le da un susto de muerte! El *sujeto* se libra de dicha amenaza plástica, de una amenaza fantasma dando un salto - si es que se puede saltar en el agua- de tal calibre, que no podrá evitar quedar inconsciente cuando su terca pero frágil cabeza golpee como un obús la coraza metálica del barco pirata.

Una semana y doce discusiones después, la sirena es trasladada de la sala de motores a una isla paradisíaca de por ahí, donde su aspecto mortuorio no podría causar estragos, pero donde se posee también los conocimientos necesarios para curarla de su rara enfermedad. Un chamán de las islas del mar André evaluará su extraña enfermedad, pues después de tratar ese espécimen a bordo, los piratas hicieron desaparecer el dolor de cabeza, y el horrible maquillaje de la sirena, pero en su interior, en lo más profundo de su corazón, advirtieron una melancolía de color rojo oscuro, cuando espontáneamente de sus eternas canciones salían como estornudos tristes de palabras como plástico, petróleo, gas, hierro, muerte, hilos, latas, tapones, satélites, aluminio, humanos...

La sirena ya nunca más fue la misma. El chamán no la sanó, pero de entre sus delirios y sueños pudo escucharla narrar historias de héroes, dioses y gigantes que habitaron la tierra hasta que no soportaron más la arrogancia humana, que se refugiaron en lo más profundo de los mares, como ella, última superviviente, hasta que la *arrogancia* humana los alcanzó, hasta que la amenaza fantasma se hizo tangible, y poco a poco, una mano firme de cristal los obligó a cometer el acto de suicidio.

A partir de ese día, la tripulación en compañía de la sirena acordaron emplear sus medios para frenar la contaminación de los mares. Por desgracia ya nadie los creía. En su

inevitable empeño, habían conseguido borrar su huella no del mundo digital, sino del real. Serendipio continuaría viviendo el tercer universo, el suyo propio, los imanes se orientarían hacia la vida de los indios, mientras que la astronauta Hetera aprendería de la sirena sus canciones melancólicas, tratando así de curar su eterna nostalgia, su espontánea náusea.

JOSEP MARIA TOMÀS I JUAN
2º BACHILLERATO A
IES SERRA MARIOLA (Muro, Alicante)